

DOMINGO 17 DEL AÑO “A”

1 Re 3,5-12 + Rm 8,28-30 + Mt 13,44-52



El reino de los cielos.

Jesús anunció el reino de Dios, el reino de los cielos. Y lo hizo echando mano de parábolas, ejemplos sencillos, para que se entendiera su mensaje, difícil a veces de explicar con palabras, pero más asequible a través de imágenes, casi siempre tomadas de la vida ordinaria. El reino de los cielos se parece a un hombre que se encuentra un tesoro y se vuelve loco de alegría. Se parece a un coleccionista que no duda en vender todo lo que tiene para adquirir una pieza. Y es que el reino de los cielos es lo que más desea nuestro corazón. Es el sueño de nuestra vida, el deseo que moviliza todos nuestros deseos, la meta que anima todos nuestros pasos, el gozo que crece en todos nuestros gozos, lo mejor de la vida. El reino de los cielos es la gran utopía, es Jauja, el paraíso, el cielo. No sabemos cómo expresarlo, pero sabemos que es lo que busca incansablemente nuestro corazón... y no acaba de encontrarlo nunca.

Dios es el tesoro del hombre.

El tesoro, del que nos habla Jesús para hacernos entender el reino de los cielos, no está escondido en el campo, ni lo produce la tierra o se compara con dinero, o se encuentra por azar. Desde el punto de vista del hombre que busca, el tesoro es la meta, la utopía, el sueño que se acaricia despierto. No se sabe dónde está, ni siquiera cómo es o si lo hay en alguna parte. Sólo sabemos que lo necesitamos irremediablemente y que si nos falta eso, es como si nos faltase todo, porque nada satisface las ansias de nuestro corazón. Donde está el tesoro allí está el corazón; pero desgraciadamente a veces el

corazón se detiene engañado donde no está ni puede estar el verdadero tesoro. Hermosamente lo expresó santa Teresa al decir aquello de *«quien a Dios tiene nada le falta»*, o san Agustín, al afirmar que *«estamos hechos para Dios y sólo en él podemos hallar el descanso y la felicidad»*.

Pero Dios está escondido.

Está escondido en nuestro mundo, pero no es cualquier cosa. No podemos confundirlo con el dinero, con el poder, con cualquier cosa, porque es Dios. Y está escondido en la carne crucificada de Jesús, perdido entre los pobres, identificado con los que sufren, desdibujado en los últimos y despreciados del mundo. Porque Dios se ha hecho hombre, se ha revestido de nuestra carne, ha asumido nuestra condición, hasta la muerte y muerte de cruz. Y se ha identificado con los pobres, no con los ricos; con los débiles, no con los prepotentes; con los explotados, no con los explotadores. Jesús es Dios con nosotros, y los pobres son el lugar de Jesús en nuestro mundo. De modo que no tenemos que escaparnos del mundo para encontrar a Dios. Dios sale al encuentro de los que le buscan y se nos hace el encontradizo en el hombre, en el hermano, en el prójimo, en el otro... si somos capaces de mirarle con ojos de amor.

Nuestro tesoro está en el otro.

En el otro está Dios, en el otro está, por tanto, el verdadero tesoro del hombre. Descubrir esto es descubrir el sentido de la vida y de la sociedad y de la economía y de la política y de todo. Porque todo está y debe estar al servicio del hombre, de todos los hombres, sin excepción.

Nuestro tesoro, el paraíso prometido, el cielo que esperamos, la gloria por la que suspiramos, no es ya una utopía, está aquí, en nuestro mundo y a nuestro alcance. Está aquí y ahora en la disposición y decisión de servir a los demás. Está en el trabajo por la justicia, por la paz, por la fraternidad, por un mundo mejor. Ni el poder, ni el progreso, ni el crecimiento económico, ni el ser el más desarrollado, ni el figurar entre los más ricos y poderosos del mundo... nada de eso tiene que ver con el reino de los cielos. Porque todo eso conlleva actitudes y comportamientos inhumanos, de explotación, de marginación, de empobrecimiento de las mayorías. El verdadero tesoro, lo que vale la pena de todos los esfuerzos de los seres humanos es construir la gran familia humana, la fraternidad universal, porque ésa es la voluntad de Dios.

Dios está aquí.

Al reunirnos, cada domingo, a celebrar la eucaristía, en este ámbito sagrado y fraternal, confesamos que Dios está aquí, con nosotros. Ése es nuestro saludo al empezar y acabar la celebración. Por eso nuestra reunión es banquete de fiesta. Pero es un rito, un sacramento, un símbolo. Hace falta que pasemos del rito a la realidad, del banquete eucarístico, al banquete de la vida, donde está nuestro quehacer. Porque hay que lograr que todos tengan y ocupen su sitio en la mesa del bienestar, del desarrollo, de la prosperidad, de los derechos humanos, de la fraternidad. La eucaristía es siempre el referente de nuestra fe y el reto para nuestra caridad. Ten qué hacer que todos seamos uno.